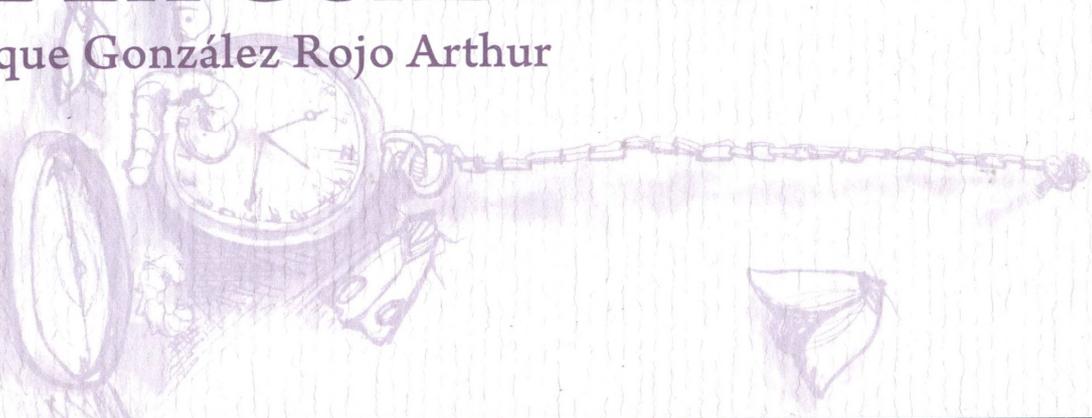


LOS RUMORES DE LA GUADAÑA

Enrique González Rojo Arthur

Parentalia



LOS RUMORES DE LA GUADAÑA

I

Tal vez nació conmigo.
O la adquirí muy pronto, tras de ver
un ángel vengador que custodiaba
el vientre de mi madre, espada en ristre.
Después viví el suplicio de la cuna,
ya vientre descarnado,
con manías de péndulo, reloj
en ciernes, barquichuela
mecida en mar pequeño por el aire
manual de mis parientes.
Y ahí, recién nacida,
también hija del parto,
se ocultó en mi interior,
en algún escondrijo de mi cuerpo.

Pequeño, la ignoraba. No entendía
ni el hablar de mis padres
—jerigonza ridícula de ruidos
pueriles, o arrumacos en almíbar—
ni el idioma extranjero
monótono y constante
de los relojes.

Cuando hoy el testamento de mis padres
reviso, soy consciente

de que si está la muerte aquí a mi vera,
entre mis pertenencias, en el lado
oscuro del cerebro,
se explica porque aquéllos,
a la hora de morir, me la heredaron.
Ah mis padres, mis padres.
Me dieron la existencia y me dejaron
la muerte: pequeñita y escondida
en alguna hoquedad de lo invisible.

En derredor de mí,
en los primeros tramos del afuera,
en el aura que pone en torno nuestro
la atmósfera del yo,
no es posible encontrar el menor rastro
de ángeles de la guarda;
sólo existe un espacio polvoriento,
sin vocación custodia,
o un girar sin sentido de moléculas
que no son el pesebre de un milagro.

Pero algo me acompaña
y está cabe mi aliento,
como montando guardia noche y día.
Cuando voy a acostarme, cuando ciego
mi lámpara y permito que la noche
vaya reconquistando territorios,
advierto que la muerte está en mis venas
corriendo como un coágulo.
La siento, aún despierta, conspirando,

consultando clepsidras invisibles,
contando mis latidos uno a uno
y poniendo su cifra en la bitácora
de mi peregrinaje.

También algunas veces me sorprende
dándole, al despertar, los buenos días,
mientras miro en sus ojos altaneros,
prófugo de las sábanas, su insomnio.

II

En mi niñez, un día supe de ella.
Y no sólo en la gruta
sin luces de la psique; también en la corteza
de la arbórea intención de mis neuronas
de alcanzar, de manera simultánea,
trozos de firmamento
y pedazos de tierra,
lo supe, tras la sien, en la parte más clara
de la eminencia gris de mis saberes.

Lo supe cuando un prójimo –un vecino
de mi hogar solariego–
falleció de repente atropellado
por la ferocidad de su destino.

Poco después lo supe por su don
de ubicuidad (su hallarse en todas partes

como, allende el oxígeno, la asfixia),
en los niños, los jóvenes, los viejos
y el listado completo de lo que *es*
en esta galería de lo efímero.

Mas siempre la observaba
segando la existencia,
pisoteando pedazos de futuro,
dejando ya sin voz los parlamentos
de las fosas nasales,
en los otros,
varones y mujeres,
que en naciendo son presas
del tumor invisible de la muerte.
En los otros, no en mí, como si fuera
yo un ser amamantado por la vida
a espaldas del reloj
o fuera de la vista (acurrucado
en algún punto ciego)
de un tiempo distraído
en hacer la puntual descompostura
de todo lo que existe.

III

La ignoraba. Mas ella, como yo,
se dedicó a crecer, a echarse en hombros
una edad tras la otra,
halló, como las células, la tabla

de multiplicar, púsola en sí misma,
y saltó, de su predio en lo invisible,
al hecho contumaz de su presencia
cuando mi voz, mis ojos, mi intelecto
por ella preguntaron.

Muchos nombres tenía.
A veces se llamaba terremoto.
Otras veces incendio, virus, guerra.
Hambre, retén, cansancio, rebelión.
También se le decía Dios, destino,
o frasco de somníferos vacío.

Pero allende los nombres,
del instante preciso en que su furia
descargaba su golpe terminal
para tener después (como una boa)
su sueño de guadaña satisfecha,
o del sitio en que urdía cementerios
inesperados, huérfanos o huérfanas,
yo la reconocía,
sabía que se hallaba
haciendo como siempre de las suyas
de manera insistente, sin reposo,
profesional diríamos.

La muerte estaba ahí, las manos pródigas.
Mas era de los otros, no era mía,
diciéndolo en presente
de propiedad privada.

Era ajena, distante,
colonizando todo lo de afuera,
dedicada a decirle a los castillos,
las casas, las pocilgas y la gente
que eran todos de arena, polvo, viento;
a la fama, orgullosa
de sus complicidades con el mármol,
que al primer ventarrón de desmemoria
no restaría de ella en el espacio
más que un hueco fugaz en el perfecto
tamaño del olvido acomodada.

La muerte me era extraña.
¿Por qué iba yo a morirme si la vida
ocupaba los puestos centrales de mi cuerpo?
¿Si se hallaba en mi frente, mis rodillas,
mis deseos, mis venas, los delirios
del castillo en el aire
que brota de mi cráneo efervescente?
¿Si, como director de orquesta, estaba
rigiendo la armonía, el contrapunto,
la corta melodía del suspiro,
de mis órganos todos?
¿Por qué yo iba a morirme? La pregunta
se convirtió en tema recurrente
como si fuera el báculo perpetuo
que los caminos ponen a mis pies.
Mas comprendí a la larga que la vida
no puede envenenar nunca a la muerte,
nunca le va a la mano a la guadaña,

nunca tiene la fuerza indispensable
para ponerle grillos en las piernas,
para amarrar su lengua a la mordaza
del desdecirse eterno, y arrojar
a su feroz contraria al camposanto.

IV

Y así me hallé después. Lleno de muerte,
viendo en los muros de la patria mía
un desmoronamiento de gusanos.
Puedo localizarla aquí en mi cuello,
mis arterias, el pulso
-que presume de ser el trovador
de la existencia, y no es sino la bomba
de tiempo de la asfixia que me espera—;
puedo hallarla en la mano con que escribo
las siniestras canciones que le salen
al calmársele el ser, a este energúmeno.
Se halla en mi corazón; en las pedradas
que se echan unos a otros
mis órganos internos.

A veces se me pone en el oído
para hacerme el relato minucioso
de una angina de pecho,
la crónica puntual
de un cáncer de familia, hereditario,
que está sólo a la espera

del tronido de dedos de la hora,
de un sida que, si irrumpe dulcemente,
sobre el blando cojín de la lujuria,
termina fatalmente
por incendiar la sangre
y hacer un holocausto de anticuerpos.

No hay un solo pedazo de mi carne,
una sola molécula o un poro
(que encarna un simulacro de vacío),
que escape del poder, la dictadura,
la feroz satrapía
de la dueña de todo lo que existe,
de la parca que danza acompañada
por un dúo de huesos y estertores,
y cuida, con manías de destino,
a lo largo y a lo ancho de mi carne,
de la respiración de las bacterias,
del pulso inmarcesible de los virus,
de todo, en fin, de todo
lo que ocupa un lugar, grande o pequeño,
en el mundo sin fin, mientras la nada
no opine lo contrario.

V

Entonces, a partir de no sé cuándo,
la comencé a temer,
como todos, o casi, los que tienen

un predio corporal
en un fraccionamiento del oxígeno.
La temía a las once de la noche,
a la hora en que el relámpago
cuelga sobre las nubes
su estridencia amarilla,
a la hora de dormir o de bañarme
o de hacer el amor o de encontrarme solo
haciendo un inventario de todos mis fantasmas
u ordenando por orden alfabético
toditas mis blasfemias.

Me angustiaban las toses ensartadas
en el hilo de un hálito que lucha
por la perseverancia.
El dolor de cabeza mañanero,
la gastritis rebelde, los mareos
que gesta sin cesar mi barca en tierra
o la voz alarmante que brotaba a veces del
termómetro.

Pero no, que se entienda, porque entonces
sufriera mucho o poco
padeciendo la furia enloquecida
de una joroba de dolor al hombro,
de un cáncer que devasta sus entornos,
o sintiendo molestias no muy graves,
sin la estridencia del sufrir agudo
que llega hasta la cúspide del grito,
sin la exageración que en ocasiones

me lleva a maldecir
mi acta de nacimiento
o los juegos eróticos que un día
sostuvieron mis padres ;
no, lo digo otra vez, porque sufriese,
sino porque me daba la impresión
de que estos males eran
sólo andenes, preámbulos o trámites
donde voy a sentir el cambio abrupto
del suelo en que mis pies se hallan encima
de su seguridad, por un abismo
que se abre bajo de ellos
cuyo fondo, si existe, se me aleja
y me temo que acabe transmudándose
del estado de sólido al gaseoso.

VI

Ya no pude vivir sin el temor
cotidiano a la muerte.
Me la podía hallar entre las ocho
y las ocho cuarenta de cualquiera
de los días que corren.
Podría dar con ella al encontrarme
pensando, divagando o escribiendo
sobre sus intenciones.
Me la podría hallar
en el beso en su punto que me debe
la chiquilla del diez,

en la función de teatro
o en la marcha citada
para que, voz en puño, protestemos
contra alguna injusticia de las muchas
que por la impunidad ya consabida
estén amamantadas.

La temía.

Le daba carta abierta en mis insomnios.

Frío y escalofrío

no siempre se originan en la baja
temperatura.

No siempre son coetáneos del granizo,
ni víctimas de un sol venido a menos
con sus rayos diezmados por los témpanos
de negrura que irrumpen en la noche;
más bien tienen su fuente en el temor
no sólo de dejar de ser un día,
sino dejar de serlo en el relámpago
sin luz del de repente,
en el día y lugar menos pensado
como si en el gran baile de la vida
lo fortuito invitara
a danzar a una embolia,
a una tisis, a un asma o a cualquiera
de las enfermedades existentes.

Este mundo, que tiene en su interior
agazapado el cambio,
no ofrece nada inmóvil,

ni una minucia atemporal perdida
en el vientre del cosmos,
ni un ingenuo epitafio que presuma,
en su supervivencia, de no ser
del gusto corrosivo de las larvas,
ni una piedra, una sola,
donde una sien pudiera reposar.
Salvo las abstracciones, que no tienen
los pies hechos de barro
y van y vienen en su propio cielo
sin consultar relojes, deshojar calendarios,
o temer el piquete venenoso
de la primera arruga,
salvo las abstracciones, digo, todo
se halla cambiando, todo
va dejando la piel de su pretérito
tras de sí, como parte
—amamantada siempre por su todo—
del negro latifundio de la muerte.

VII

Un día, tras de tanto
temor, amanecí
con una extraña idea que me arroja
al deambular sin brújula
de la perplejidad,
a llevar en la punta de mi lengua
pedazos de palabras o en mi cuello
la campana en redoble de preguntas.
El temor a la muerte ¿no es acaso

la custodia constante de la vida?
¿El ángel de la guarda
de mi respiración?
¿El perro que protege, con su tapia
de gruñidos, el pulso y su pequeño
timbal emborrachado de existencia?
¿El cuidado intensivo del deseo
de que mi pie no deje de ser nunca
el punto, el manantial, de donde nace
la íntegra red de los caminos míos?

Y así me encuentro ahora:
la muerte y el temor que ella despierta
¿son una bendición o su contrario?
¿El temor a la muerte es un seguro
de vida? ¿La perfecta vigilancia
de la tierra que el riesgo está pisando?
¿El cuidarse del tren enloquecido
que, sediento de sangre,
pasa frente a nosotros el espejo
de una de las posibles
maneras de morir? ¿La prevención
del sin fin de amenazas que querrían
penetrar en mi pecho a prepararle
su final zancadilla al corazón?
¿Un evitar, con la cautela pronta
del giro de los pies,
el puñal en la espalda?
¿Un huir de los climas extremosos
para hallar en el tibio justo medio

las cáscaras de atmósfera que exige
la piel para seguir en el camino?
¿O es a pesar de todo la fatal
anulación del mundo al anularse
la parte espectadora o la atalaya
corporal que nos hace ser vigías
—centinelas de todo lo que pasa
por algún meridiano de los ojos—
del pavoroso y atrayente afuera
donde está lo infinito discurriendo
el canto de un contar que es incontable?

VIII

El temor al deceso es nuestro aliado;
también nuestro enemigo:
tiene manos de madre protectora,
de manos que, empapadas de ternura,
se van despellejando de caricias.
Mas a veces no puede el corazón,
si lo golpea un soplo de aire frío,
vislumbrar un remanso en la zozobra
o encontrar en las lágrimas el agua
que combata al incendio.

¿Que eso es contradictorio? No lo niego.
Nada escapa a la lucha de contrarios:
Caín y Abel no son sino la regla
que devora sin fin las excepciones.

Muchos dicen ¿por qué este griterío
de la tinta? ¿Por qué tanta maraña
de vocablos cobardes
frente a algo natural, tan natural
como la sed y el hambre, o la pasión
de las sienas, al advenir la noche,
por la amorosa esquina de la almohada?

No podemos aquí –cuando la tinta
nos habla de las formas en que puede
irrumper lo posible–
olvidar al que gusta
de arriesgar su existencia,
ponerla en el cadalso del peligro,
o en el desfiladero de los pasos en falso,
porque acuña en sus sienas la igualdad
de peligro y orgasmo...

Ni es posible olvidar a quienes viven
sin temer la visión indescriptible
–el futuro en la frente–
de la pálida anciana en pie de guerra
que ignora la bondad de la excepción
cuando ejerce su ley inexorable.
¡Cuántos hay que se esfuerzan,
con la meditación –que los enclaustra
en la dura mazmorra del sí mismos–
en olvidar la vida y sus placeres
para olvidar la muerte!

Mas digan lo que digan,
no logran disipar
este miedo a no ser que, de pequeño
que era, pronto, creciendo, echando carnes,
nos llena plenamente
como una oscura inundación de lodo
en que se mezclan gritos, estertores,
la horca de la asfixia,
el silencio, cadáver de la lengua,
y los ojos cerrados a tal punto
que anulan juntamente
la ceguera y el ciego.

IX

Yo no puedo tener, como mi abuelo,
brújula de dolor para buscar
al hijo que se ha ido, porque sé
—guiado por el *ni modo* que le sirve
de faro a mis preguntas—
que irse no es trasladarse
de un territorio al otro
(como toda odisea entre dos puntos),
ni del mundo al trasmundo espiritual
que prohíbe la entrada
al más pequeño indicio
de materia. La ausencia no es tampoco
ir de un modo de ser a uno distinto

o viajar por cerebro
de una vivencia a la otra. No. Partir
es dejar a la espalda lo que fuimos
y es salir asimismo de nosotros
para colmar el hueco
de nuestra propia ausencia exactamente.

Abuelo, yo no puedo, como tú
hincarme de rodillas
a los pies del Enigma
—que habla con acertijos de silencio—
y gritar ante el cuerpo devastado
de mi hijo en su ataúd:
"¡Oh, qué callar profundo!...
¿Contra quién me rebelo... o a quién pido?..."
Abuelo, yo no puedo, yo no puedo,
porque estoy convencido
de que ni las blasfemias ni los ruegos
—dos aullidos distintos de la misma orfandad—
serán localizados y atendidos
por el perfecto oído o el radar sacrosanto
de un supuesto Hacedor del universo.
No puedo hacerme trampas, abuelo, cuando miro
que el minúsculo templo de la fe,
sin nada en sus entrañas,
es quien otorga el nombre
de Dios al gran vacío.

Casa adentro, reviso mis amores,
mis odios, también las confidencias
sobre la muerte. Puedo confesarlo:
de común aborrezco
la idea de un reloj terco, que nunca
da su brazo a torcer,
que tiene una guadaña pequeñísima
en su interior mecánico,
ya que así las palabras, los poemas,
el afán de saber y de enseñar,
el amor por la música,
los besos clandestinos,
la pizca de placeres
a mitad de la cama,
la lucha imperturbable,
a todo puño,
contra los poderosos del cielo y de la tierra,
se caerán de las manos que se caen,
de los ojos que dejan de ser ojos,
parpadeando gusanos,
de un cuerpo que al morir es sólo el cuerpo
de un pretérito en ruinas.
Mas también, lo confieso,
amo esta protección de la existencia
que el amor a la muerte nos regala
en todos los cumpleaños,
o al celebrar los meses, días, horas
o instantes en que somos o en que estamos
luchando sin cuartel contra lo efímero.

Amo y odio a la muerte al mismo tiempo.
La execro por su don de ubicuidad
y su intrusa manera de ponerse
en redor de nosotros
como ángel o demonio de la guarda.
Mas quiero que, al final, cuando mi tiempo
se atropelle a sí mismo,
cuando me encuentre a punto
de no tener siquiera ni un pedazo
de edad en que vivir,
cuando el cansancio, en propulsión de sangre,
me invada el cuerpo todo,
de sus pies a su orgía de neuronas,
cuando la nada entone su canto de sirena,
se encuentre aquí a mi lado,
custodiando mis odios, mis pasiones,
mis otras confidencias,
y que decida dar de pronto el paso
hacia mi cuerpo y pueda amalgamarse
finalmente conmigo.